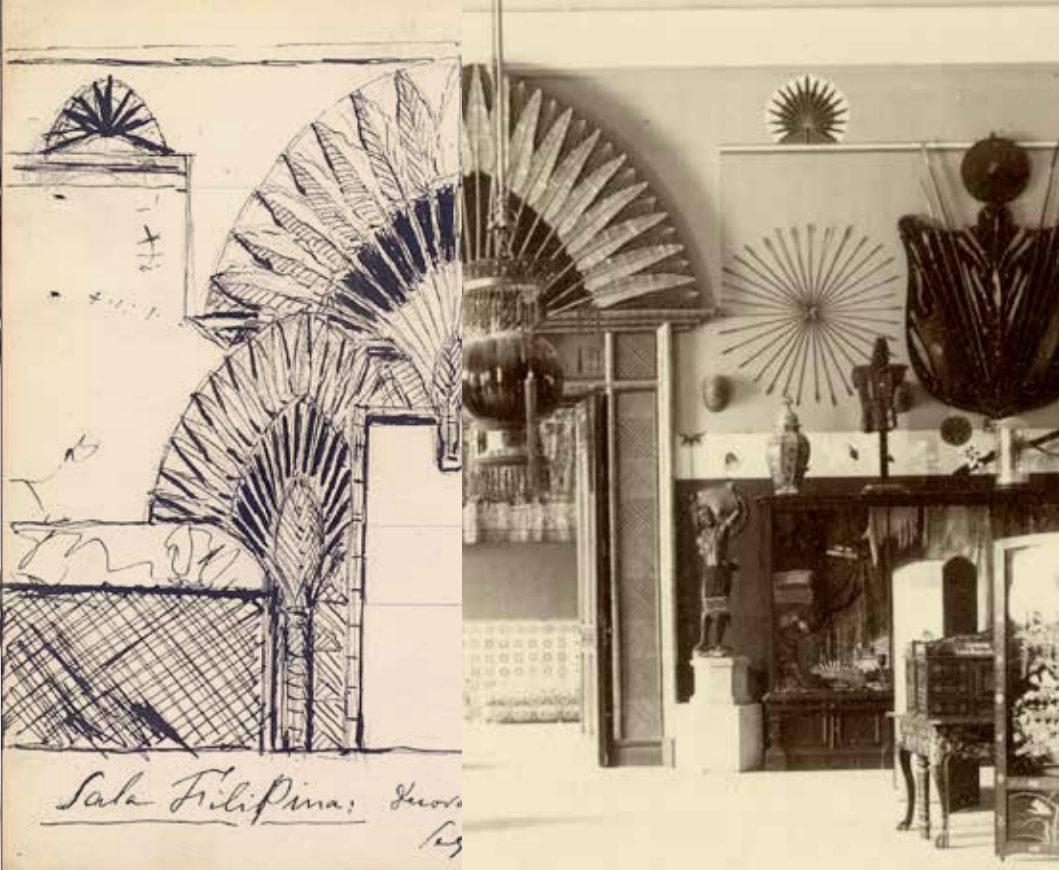
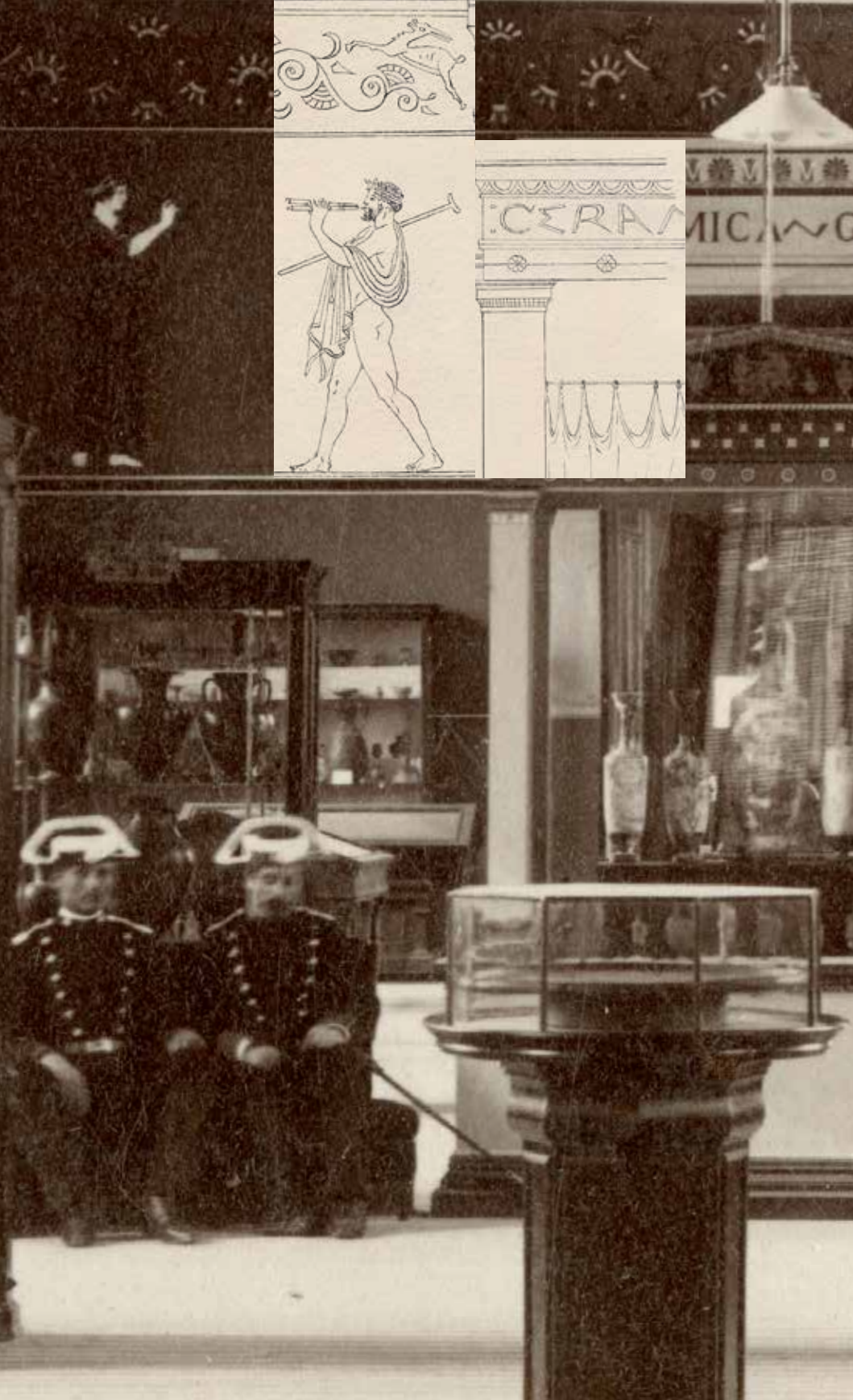


LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NATURAL Y ETNOGRÁFICA DE 1893



LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-NATURAL Y ETNOGRÁFICA DE 1893

Edición científica a cargo de **Javier Rodrigo del Blanco**

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2017

Diseño y maquetación: Ángel Merlo (www.dossintres.com)



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Documentación y Publicaciones

© De los textos y de las imágenes: sus autores y/o titulares de derechos.

NIPO: 030-17-027-6

ISBN (IBD): 978-84-8181-682-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

- 9** Agradecimientos
- 11** Introducción
- 15** Fotografías de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 53** La organización de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 75** Contexto histórico: visión desde Europa
- 93** La Exposición Histórico-Americana como precedente de la participación hispanoamericana en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 105** Contexto disciplinar: historia natural y etnografía a finales del siglo XIX
- 125** El Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales: contexto urbanístico y arquitectónico
- 145** La Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893 y su contexto museográfico
- 169** Evolución de la prensa en la segunda mitad del siglo XIX
- 187** La fotografía en el siglo XIX
- 199** Breves notas acerca de las fotografías de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica conservadas en la Biblioteca Nacional y en el Museo Arqueológico Nacional
- 207** Las exposiciones conmemorativas del IV Centenario del Descubrimiento: los archivos y el «renacimiento» del americanismo
- 225** La Biblioteca Nacional y la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 243** Geología y minería en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893: objetos conservados en el Instituto Geológico y Minero de España (Madrid)
- 255** Colecciones del Museo de América en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 271** El Museo Nacional de Artes Decorativas y la colección oriental del Museo Arqueológico Nacional
- 279** El Museo Nacional de Antropología: de los orígenes a una perspectiva intercultural
- 295** La participación de piezas del Tesoro del Delfín del Museo del Prado en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica
- 309** La Conquista de Túnez. El valor histórico de los tapices de Patrimonio Nacional y su proyección expositiva
- 325** La participación del Museo Arqueológico Nacional en la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de 1893

El Museo Nacional de Antropología: de los orígenes a una perspectiva intercultural

Luis Pérez Armiño (luis.perez@mecd.es)

Museo Nacional de Antropología

Introducción

Cuando en 1893 abrió sus puertas la «Exposición Histórico-Natural y Etnográfica» (EHNE) en el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales del paseo de Recoletos, se cumplían 18 años de la inauguración del Museo Antropológico del doctor González Velasco, antecedente del actual Museo Nacional de Antropología, un hito pionero en la historia de los museos etnográficos y antropológicos no sólo españoles, sino también europeos. Habían pasado a su vez once años de la muerte del fundador y seis de la adquisición del edificio y sus colecciones por parte del Estado y de su adscripción al Museo Nacional de Ciencias Naturales como Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Un hecho que va a marcar su futura reorientación temática, hasta el punto de que esa va a ser la razón por la que, en diferentes y sucesivas etapas, colecciones que se conservaban en otros centros acaben formando parte del patrimonio conservado en el museo situado frente a la estación de Atocha, incluidos algunos de los fondos que formaron parte de la exposición objeto de este estudio.

Del mismo modo que podemos considerar la exposición de 1893, en clave sincrónica, como un ejemplo significativo

de la visión que de otros contextos culturales ofrecían las diferentes disciplinas contemporáneas vinculadas con la etnología, podemos repasar la historia del Museo, en clave diacrónica y en la medida en que la exposición y el Museo se cruzan en ese camino, como un reflejo de la evolución de la antropología en nuestro país.

Dos historias paralelas

En efecto, el desarrollo de la antropología en España puede ilustrarse a través de la propia historia del Museo Nacional de Antropología. Desde sus orígenes hasta sus actuales perspectivas de futuro, tanto la institución como la disciplina han recorrido un mismo camino.

Tanto uno como otra han vivido lastrados por unas peculiares circunstancias sociales y políticas que han determinado la historia reciente española. Hoy, avanzado el siglo XXI, el Museo se ha convertido en una institución fundamental dentro del actual panorama museístico, siendo uno de los



Fachada del Museo Nacional de Antropología.

pilares sobre el que se sustentan los nuevos postulados que comprenden el papel social de estas instituciones. Por su parte, a marchas forzadas, la moderna investigación antropológica ha sabido situarse a la altura de la desarrollada en otros ámbitos geográficos y académicos con mayor tradición disciplinar.

En este largo proceso, con algo más de un siglo de historia, museo y antropología parten, con sus propias peculiaridades, de un mismo objeto de interés: el «otro» entendido como objeto de estudio o museable, merecedor de tal condición por su calidad de «exótico». Pero a la luz de nuevos paradigmas, que han influido tanto en la propia museología como en la antropología, de acuerdo a sus propias crisis y

revisiones, la concepción del «otro» como un ser ajeno, separado mediante una vitrina que ejercía las veces de frontera física y mental, ha sido superada.

Tras muchas reflexiones, después de un largo camino lleno de altibajos y muchas dudas, ese «otro» se ha convertido en «nosotros». La diversidad como objeto de estudio, la comparación incluyente como metodología, se han transformado en estrategias desarrolladas desde el Museo y desde la propia disciplina antropológica que favorecen la aceptación de la diversidad cultural como un todo global que encierra la enorme complejidad de «lo humano».

La antropología y la fe optimista (y ciega) en la ciencia

El siglo XIX asiste a dos fenómenos de especial trascendencia: el triunfo de un nuevo modelo de pensamiento científico que, a su vez, implica el nacimiento de nuevas disciplinas que toman como objeto de estudio, entre otros, al ser humano; y, como segundo factor, la consolidación del museo como institución cultural y científica por excelencia del ámbito contemporáneo occidental. Ambos fenómenos se encuentran estrechamente vinculados.

La ciencia alcanza su madurez en la segunda mitad del siglo XIX. Es el resultado de un largo proceso que tiene sus antecedentes más inmediatos en el ambiente ilustrado del siglo XVIII europeo. Los principios teóricos y metodológicos que sustentan el moderno método científico se basan en el establecimiento de leyes de validez universal. El pensamiento precientífico determinaba su objeto de estudio de acuerdo al grado de singularidad del hecho observado frente a la ciencia



Vitrina Cultura Primitiva, con restos óseos e industria lítica.

moderna, basada en la observación y experimentación de las regularidades de los procesos naturales.

El desarrollo científico en el siglo XIX posibilitó la superación de viejas concepciones antropocéntricas que se sustentaban

en dogmas de fe o que entraban sin tapujos en el terreno de la leyenda o el mito. La ciencia entiende la especie humana como objeto de investigación empírica. Desde el ámbito de las ciencias naturales se estudia su componente biológico. Mientras, las disciplinas históricas incrementan la antigüedad de la especie humana gracias al método arqueológico. Por su parte, la antropología se constituye como la ciencia que debe afrontar el estudio del desarrollo humano desde una visión total, capaz de integrar naturaleza y cultura.

Pero el nacimiento de la antropología debe contextualizarse adecuadamente.

No es casual que el desarrollo de las primeras teorías antropológicas, bajo etiquetas evolucionistas de fuerte componente racial y discriminatorio, se inscriban en el momento histórico del siglo XIX. El siglo del triunfo del positivismo científico es también el de la industrialización, el siglo de un incipiente capitalismo asentado en la explotación abusiva del entorno natural. El modelo económico europeo necesita hacer suyo el mundo conocido para asegurar su rentabilidad. Y Europa se enfrenta al otro. Muchos consideran despectivamente la antropología como la «disciplina de la colonización», que proporcionaba las bases para la administración de los territorios ocupados.

Y la nueva fe, el culto a la razón como mecanismo único del progreso humano, encuentra su templo en torno a una institución que se afianza en el ámbito cultural occidental: el museo. Los museos dedicados a las bellas artes y a las antigüedades ensalzan el pasado de la civilización europea y sus logros. Los de ciencias y de artes industriales invitan a confiar en las bondades de un futuro próximo. Y, vestigios de los viejos gabinetes de

curiosidades de siglos anteriores (Bolaños, 2008: 289; Romero de Tejada, 1995: 12-13), nacen los primeros museos antropológicos en torno al exotismo del «otro», que ahora muestra su «primitivismo» ante el avance de la «modernidad».

La peculiaridad española

En 1877, Lewis Henry Morgan publicaba *La sociedad primitiva*, donde exponía los principios del evolucionismo que dominarían la teoría antropológica durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Y, mientras en el ámbito anglosajón se ponían las bases de las principales teorías y controversias en materia de teoría antropológica, en nuestro país se desarrollaba un peculiar acercamiento a la nueva disciplina. Aguirre Baztán (1999), al abordar la historia de la antropología española, señala que el primer desarrollo de la disciplina estuvo dominado por personajes que provenían del mundo de la ciencia médica y que practicaban el estudio del ser humano desde una perspectiva más próxima a la antropología física.

En este contexto disciplinar hemos de situar al fundador del primer museo antropológico de España, antecedente remoto del actual Museo Nacional de Antropología: el Dr. Pedro González Velasco. Su vida ha sido cuidadosamente estudiada atendiendo a sus más diversos detalles e intereses. Las controversias que salpicaron su vida y su memoria nos hablan de la peculiar situación que vivía el país a finales del siglo XIX, fuertemente polarizado entre las tendencias liberales y las más conservadoras. De momento, nos interesa destacar su papel como miembro fundador de la Sociedad Antropológica Española en 1865; y, por supuesto, su empeño personal en la creación del Museo Anatómico (Romero de Tejada, 1992; Sánchez Gómez, 2014).



Busto del Dr. Velasco.

Ya su propia denominación nos sitúa ante un centro museístico y de estudio orientado preferentemente hacia la antropología física, mientras que los aspectos culturales servían de complemento al interés por la ciencia médica del fundador. El museo, en palabras de Pilar Romero de Tejada, «se puede considerar como un típico *gabinete de curiosidades*... Y

en sus colecciones estarán representados los tres reinos de la naturaleza –mineral, vegetal y animal–». Todo ello, en estrecha relación con lo que suponía la antropología española del momento (Romero de Tejada, 1992: 13-15)¹.

El supuesto «descubrimiento» del otro: América

El descubrimiento de América, en el ámbito de expansión geográfica de la Europa del siglo xv, rompe los tradicionales límites que habían encerrado al mundo antiguo. Todo un continente desconocido se abría a los ojos de los europeos que comprendían las posibilidades, económicas e ideológicas, de los nuevos territorios. La conquista culminó en una peculiar actividad colonizadora, que construyó una sociedad con unas características propias, fruto de un intenso proceso de intercambio cultural. Como indica Jorge Larraín (1994), la actitud de los colonizadores no fue monolítica.

Uno de los fenómenos más interesantes que propició el contacto con el continente americano y sus habitantes fue el nacimiento de un interés «precientífico» por el estudio del otro, aunque subyace un evidente interés evangelizador, que animó en gran medida el proceso de conquista. La propia historiografía de la antropología incluye este episodio como uno de los antecedentes más directos en la constitución de la disciplina etnográfica.

A su vez, la museología destaca la importancia del conocimiento de América en las prácticas coleccionistas que se desarrollaron en los siglos xvi y xvii. Los objetos americanos se



Quinterona de Mulato. Requirerona de Mulato. Español. MNA (CE5254).

suman a los antiguos tesoros medievales en los gabinetes del Viejo Continente, en los que, junto a los objetos de valor, los coleccionistas (nobles, reyes y miembros del clero) incluían objetos exóticos, «testigos mudos de mundos lejanos» (Bolaños, 2008: 47).

El proceso de conocimiento del continente americano tuvo un destacado episodio durante el siglo xviii. La colonización, que ocupó los siglos xvi y xvii, dio paso a un interés científico que no pretendía disimular unas evidentes intenciones políticas e ideológicas. En el seno de la corriente ilustrada del momento, la nueva dinastía reinante de los Borbones, de acuerdo con el ambiente científico al que ya hemos hecho

¹ Existe una amplia bibliografía que trata el origen y la historia del actual Museo Nacional de Antropología, una selección de la cual puede encontrarse al final de este texto.



Portada del cuaderno de postales *Cruzamiento de Razas en América*, n.º 1. MNA (FD6671).

referencia, encontró en América un laboratorio privilegiado. Y el estudio científico se vio acompañado por la recolección de objetos de múltiple naturaleza.

El Real Gabinete de Historia Natural fue creado en Madrid por un decreto de Carlos III en el año 1771. Su objetivo no era otro que convertirse en un laboratorio que debía estudiar todo tipo de objetos procedentes de las posesiones españolas para mayor gloria de la ciencia y, por supuesto, de la Monarquía. Para ello, se dictaron órdenes por las que los responsables de los territorios de ultramar debían remitir ejemplares al Real Gabinete para su estudio. Toda la relación documental relativa a uno de estos envíos fue estudiada por Francisco de las Barras de Aragón: se trataba de la correspondencia por la que el virrey del Perú, don Manuel de Amat, remitía en 1770 al Real Gabinete madrileño una serie de veinte cuadros de mestizaje, una serie única debido a su singular procedencia (Barras de Aragón, 1930: 78).

Son mucho más numerosas las series novohispanas conservadas. Una es la conocida como del cardenal Lorenzana. Su origen está en el encargo del prelado leonés durante su estancia en México como arzobispo. Al regresar a España se hizo acompañar, entre otros objetos, de estos cuadros, que permanecieron en el palacio arzobispal de Toledo hasta su donación a la Universidad de Toledo, en torno a los años 1788 o 1790.

Tanto la serie del virrey Amat como la del cardenal Lorenzana han sido objeto de un detallado estudio con motivo de la celebración de una exposición sobre las mismas: «Frutas y castas ilustradas». En su catálogo, Pilar Romero de Tejada (2003: 14) calificaba estas series pictóricas como un fenómeno típico dentro del espíritu de la Ilustración, cuando se inician las clasificaciones y sistematizaciones de todos los seres de la naturaleza. La serie del cardenal Lorenzana, procedente del Instituto de Enseñanza Media de Toledo —donde había llegado desde la Universidad de Toledo sin que se sepa a ciencia exacta la causa—, gracias a las gestiones de Luis de Hoyos Sáinz, y a cambio de material de laboratorio y algunas colecciones de minerales y de animales, ingresa en 1899 en la Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria del Museo de Ciencias Naturales, creada en 1883 y desde 1895 situada en el edificio del antiguo Museo Antropológico del doctor Velasco. La serie peruana, desde 1770 en el Real Gabinete de Historia Natural, pasó al Museo Arqueológico Nacional en 1867. En 1870, Manuel Antón reclama su regreso a la Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria del Museo de Ciencias Naturales estimando su valor antropológico, trasladándose al actual edificio del Museo en 1889 (Verde Casanova, 1996: 338-339; Rodrigo, 2006a: 102).



Salón Pequeño del Museo en la década de 1920, con las series de cuadros de castas.

La propia denominación de la Sección (de Antropología, Etnografía y Prehistoria), que aglutinaba disciplinas hoy autónomas, como la antropología y la prehistoria, nos indica el

estado de maduración de la ciencia antropológica y la peculiar visión en torno al «otro», teñida de un evolucionismo no exento de cierta apreciación eurocéntrica del desarrollo histórico de la cultura como atributo de la especie humana. Entre los investigadores del momento no se dudaba en incluir dentro de un mismo conglomerado el estudio del «otro» exótico pero contemporáneo, tarea desempeñada por los antropólogos, en igualdad de condiciones respecto al estudio del «otro» primitivo antepasado de los propios europeos, misión fundamental de la también naciente ciencia prehistórica. En definitiva, sin ningún tipo de disimulo, se equiparaba al «otro» contemporáneo con el antepasado primitivo europeo.

No deja de ser significativo que, en 1908, la mayoría de colecciones americanas del disuelto Museo-Biblioteca de Ultramar, creado en 1887 tras la clausura de la «Exposición General de las Islas Filipinas» de ese mismo año (Real Decreto de 19 de marzo de 1886, *Gaceta de Madrid* del 21 de marzo), tuvieran como destino la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional, constituyendo el embrión del futuro Museo de América, creado en 1941 (Decreto de 19 de abril de 1941, citado en Rodrigo, 2007). Era evidente que se consideraba que el Museo Arqueológico Nacional no solo debía atender al pasado remoto de España, sino también a los considerados entonces «primitivos contemporáneos».

El encuentro con el «otro»: Asia

El final de la Guerra Civil española (1936-1939) inaugura un nuevo periodo en la historia del Museo, aunque cualquier avance en el desarrollo de la antropología se convirtió en algo casi impensable. La disciplina vivió un periodo de

distanciamiento respecto a los logros en ámbitos como el anglosajón o el francés. En el terreno museístico, por otra parte, el régimen instaurado impone unas nuevas directrices que resultarán fundamentales en la reordenación de las colecciones de los museos y en la orientación de sus discursos museológicos.

En 1941 se crea el Museo de América con los fondos tanto americanos como filipinos que formaban parte de la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional, y en 1946 se hace lo propio con el Museo de África. En cualquiera de los dos casos, ambas instituciones suponen el reflejo de una nueva política científica que pretendía recuperar la grandeza del Imperio español de acuerdo a los nuevos principios políticos del Régimen.

A este respecto es interesante hacer una lectura atenta de la situación de la antropología española en este periodo inmediatamente posterior a la Guerra Civil. En el preámbulo del Decreto de 26 de septiembre de 1941 (*Boletín Oficial del Estado* –BOE– del 6 de octubre) que creaba el Instituto Bernardino de Sahagún (el organismo que tenía encomendada la investigación etnológica en la nueva estructura de investigación científica y que dependía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas –CSIC–, refundación en 1939 de la antigua Junta de Ampliación de Estudios), se afirma que el descubrimiento de América va seguido por la «observación desapasionada, la reflexión y, con ello, la creación de una ciencia nuclear que es obra hispánica: la Etnología, fundacionalmente española y exclusivamente católica durante dos siglos». Este mismo decreto que creaba el Instituto lo describía en su artículo 3 «integrado por: A) El Museo Etnológico, con sus colecciones, biblioteca y toda clase de material. B) Las



El Museo después de la Guerra Civil española.

colecciones etnográficas del Museo Arqueológico Nacional, incluso las de China, Japón e India, y las existentes en Centros dependientes del Ministerio de Educación Nacional, salvo las que se refieren a América y Filipinas».

El primer director del Instituto –y, por tanto, también del Museo–, José Pérez de Barradas, mostraba su confianza en un Museo que «ha de ser el día de mañana, junto con el Museo de América, el testimonio de nuestra acción exploradora, colonizadora y misional en todo el orbe» (Pérez de Barradas *et al.*, 1947: 6). Y continúa más adelante, en una breve anotación en torno a la explicación conceptual y el alcance de la ciencia etnológica, señalando: «De este modo un museo etnológico hoy día no puede orientarse como un simple gabinete de curiosidades, sino que ha de mostrar [...] el

desarrollo histórico de la cultura humana en toda la Tierra. Un Museo español ha de insistir forzosamente sobre aquellos pueblos de nuestro antiguo Imperio *en que no se ponía el sol*, y subrayar la labor misional y colonizadora de España, cuya gloria ha tratado de empañar la leyenda negra en todas las épocas» (Pérez de Barradas *et al.*, 1947: 24).

Un hito fundamental en este nuevo periodo en la historia del ahora Museo Nacional de Antropología es la adscripción de una importante colección de objetos asiáticos que habían formado parte de la Sección Etnográfica del Museo Arqueológico Nacional. Y es que, en este periodo, se inicia la progresiva separación de los contenidos que atañen a la ciencia arqueológica y la prehistoria respecto de las materias propias de la antropología.

Desde su misma fundación en 1867, el Museo Arqueológico Nacional había contado con una sección dedicada a la etnografía. En la exposición a S. M. contenida en el real decreto de fundación del Museo Arqueológico Nacional –*Gaceta de Madrid* de 21 de marzo de 1867, citada en Marcos Pous, 1993: 26-27–, Manuel de Orovio argumentaba que: «Finalmente, Señora, al amparo de nuestras banderas y por la fuerza de nuestras armas, España ha traído a su seno en diversas épocas preciosos trofeos y objetos curiosos que dan una idea de las costumbres, hábitos, trajes, organización y cultura de las diversas gentes y razas que pueblan el globo. Vencedores no ha mucho en la costa africana, y pacíficos exploradores en una reciente excursión científica allende los mares, nuestro caudal para el estudio de la alta Geografía se ha acrecido lo bastante para que el Museo Nacional tenga también su sección etnográfica, rudimentaria hoy y dispersa, con hondo pesar de los que contemplan los modernos progresos de la Etnografía».



Altar de Durga. MNA (CE3189).

Esta Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional contó entre sus fondos fundacionales con toda una serie de colecciones y objetos que fueron entregados por el Museo Nacional de Ciencias Naturales: las colecciones de carácter etnográfico, arqueológico y de artes decorativas heredadas del antiguo Real Gabinete de Historia Natural, integradas por gran cantidad de objetos chinos, japoneses o indios de la colección de Franco Dávila, y los adquiridos por Carlos

III en China (Marcos Pous, 1993: 40). Sin embargo, el interés por Oriente se puede rastrear en momentos históricos anteriores. Ya en el siglo XVI se establecieron relaciones diplomáticas entre la Corte de Madrid y las autoridades chinas y japonesas, fruto de las cuales fue el intercambio de numerosos objetos en forma de presentes, cuya riqueza se correspondía con la alta dignidad de los personajes implicados. Por otra parte, el comercio fue una constante entre territorios tan alejados y los productos orientales llegaron a constituirse en una auténtica obsesión en todas las cortes reales europeas².

El Museo Arqueológico Nacional mantuvo durante el siglo XIX su política de adquisiciones. Debemos destacar, por su especial interés para el Museo Nacional de Antropología, la colección Miró, entre cuyas piezas contamos con el grupo escultórico del altar de la diosa Durga, procedente de la región de Bengala (India); y la de M. P. Van-Rees, remitida a la Biblioteca Nacional de Madrid en 1856 desde La Haya, que contaba con una pareja de rechas provenientes de un templo hinduista cercano a Katumba, localidad de la isla de Bali (Indonesia). Estas piezas, junto con otras muchas, formarían parte de la instalación de la sala XV o Indo-Persa en la EHNE de 1893. En el catálogo de la exposición, se describe el altar de la diosa «Durga, victoriosa con sus ocho brazos; diosa de la guerra acompañada de Ganesa, el de cabeza de elefante, y de Skanda, que cabalga en un pavo real», junto con otros objetos que componían esta sala (Breve, 1893: 43-45).

Oriente ha formado parte de los intereses del Museo Nacional de Antropología desde sus mismos orígenes. El Dr. Velasco



Actual montaje de la Sala de Religiones Orientales.

contaba entre sus colecciones con algunos objetos procedentes de Japón y China. Más tarde, como Sección del Museo de Ciencias Naturales, ingresaron desde el Museo-Biblioteca de Ultramar una serie de objetos de China y Taiwán, colecciones que se incrementan con diversas adquisiciones a particulares entre 1920 y 1922 (Santos Moro, 1985: 12). En 1948 se produce el ingreso del lote de piezas que, con origen en la Sección de Etnografía del Museo Arqueológico Nacional, forman parte del interés de esta publicación. El ingreso, fruto de la reordenación de fondos de ambas instituciones y consecuencia de nuevos planteamientos en los discursos museográficos de ambos museos, se ordenó en 1941. Sin embargo, por diversos motivos, no se hizo efectivo hasta siete años después. La sección dedicada a Asia, junto con los importantes fondos que componen la sección dedicada a

² Véase al respecto el catálogo de la exposición «Fascinados por Oriente», que tuvo como sede el Museo Nacional de Artes Decorativas entre finales de 2009 y 2010 (FASCINADOS, 2009).

Filipinas, se completó con la adquisición, en el año 1998, de la colección Santos Munsuri.

El proceso de reordenación de colecciones iniciado en 1942 entre el Museo Arqueológico Nacional y el Museo Nacional de Antropología ha sido completado recientemente (2014) mediante la asignación a este último de la colección Rivière de arte asiático, destacando los *thangkas*, una serie de objetos rituales, o una cabeza de Buddha datada en el siglo xv. Junto a esta colección, se ha constituido un depósito a largo plazo de la colección etnográfica Santa Olalla, compuesta por piezas de diversas procedencias.

Otras colecciones del MNA: el mundo en un museo³

No estaría completa esta breve referencia sobre el Museo Nacional de Antropología si obviamos las colecciones procedentes de otros ámbitos geográficos que, sin embargo, no aparecen representadas en la EHNE de 1893. Al fin y al cabo, constituyen uno de los núcleos fundamentales de las colecciones del Museo, especialmente las africanas, hasta el punto de merecer éstas un espacio destacado dentro de la exposición permanente del mismo (Santos Moro, 2005).

La colección de África procede de dos ámbitos geográficos principales. El primero de ellos hace referencia al norte del continente, a los territorios de Marruecos y el Sáhara occidental. Es evidente que la acumulación de objetos con esta procedencia debe relacionarse necesariamente con la

presencia colonial española. Pero algo similar sucede con las colecciones procedentes de los ámbitos subsaharianos, especialmente de la actual Guinea Ecuatorial y de la isla de Bioko, antigua Fernando Póo, únicos territorios españoles en la región. Por lo tanto, es fácil suponer la proporción abundante de objetos asociados a culturas que habitaban la zona, como los bubis o los fang.

Todos estos objetos proceden de diversas expediciones de carácter científico que pretendían explorar los territorios para asentar la presencia española en el golfo de Guinea. Podemos destacar entre ellas la organizada entre 1884 y 1886 por la Sociedad Española de Africanistas, la de Luis Sorela en 1886, la de José Valero entre 1890 y 1891 o la de Amado Ossorio y Manuel Martínez de Escalera en 1901. Detrás del interés científico de esos viajes había una clara intención colonizadora de un país, España, sin la capacidad política ni económica para participar del reparto colonial del continente. Estas colecciones, asignadas al Museo Nacional de Etnología en 1984, formaron parte del Museo de África. Como ya hemos apuntado, este Museo era también fruto de la política museística instaurada al finalizar la Guerra Civil que pretendía ensalzar los valores del antiguo Imperio español.

Pero la propia aspiración temática del Museo no podía olvidar otras áreas geográficas. Así, a las colecciones a las que hemos hecho referencia y que forman parte de la exposición permanente actual, deberíamos añadir los fondos procedentes de Oceanía, especialmente de las islas Marianas y

³ Las colecciones africanas del Museo Nacional de Antropología han sido especialmente estudiadas y publicadas en muchos de sus aspectos por los antiguos conservadores del Museo, Marta Sierra y Francisco de Santos.

Carolinas, cuyo núcleo fundacional se encuentra en la «Exposición General de las Islas Filipinas» celebrada en Madrid en 1887; y las colecciones europeas, con objetos de diversos países como Bulgaria, Finlandia, Dinamarca y Alemania, de más reciente formación.

Perspectivas de un museo de futuro. Del multiculturalismo al modelo intercultural

La historia más reciente del Museo Nacional de Antropología viene determinada por dos aspectos fundamentales en su actual configuración. Por una parte, la reforma arquitectónica terminada en 1986, gracias a la que se crean nuevos espacios destinados a la exposición permanente. La nueva ordenación espacial articulará el discurso museológico en torno a cuatro áreas principales: a) la referida a los propios orígenes del Museo o Sala de los Orígenes; b) la sala dedicada a Asia, en torno a dos Secciones, una sobre Filipinas y la otra vinculada a las religiones asiáticas; c) la sala dedicada a África; y d) la dedicada al continente americano.

Por otra parte, como segundo factor, debemos referirnos al régimen jurídico del Museo, que pasa a depender de la Dirección General de Bellas Artes en 1962. Tras un periodo de cierta atonía, el Real Decreto 684/1993, de 7 de mayo (*BOE* del día 27) creaba el Museo Nacional de Antropología mediante la confluencia del Museo Nacional de Etnología y el Museo del Pueblo Español, inaugurando un breve periodo de historia que finalizaría con el Real Decreto 119/2004, de 23 de enero (*BOE* del 5 de febrero), por el que se reorganiza el Museo Nacional de Antropología, volviendo a su situación anterior (Rodrigo, 2007: 202).



Aspecto actual de la Sala Central del Museo Nacional de Antropología.

Esta nueva fase en la historia del Museo supone la apuesta por la decidida adecuación de su discurso museológico a los nuevos criterios que dominan la ciencia antropológica. Tanto la museología como la antropología se habían visto inmersas en unos procesos de crisis que alteraron de forma radical sus planteamientos y sus métodos operativos, generando nuevas formas de aproximación a sus respectivos objetivos de estudio, muchas veces ampliándolos hasta convertir todo en museable o digno de atención antropológica.

La fundación de museos de antropología a finales del siglo XIX estuvo orientada por el exotismo indígena. Sin embargo, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX es desmantelado el sistema colonial. Y frente a una antropología que cuestiona su propio objeto de estudio y trata de delimitar sus fines, los museos de antropología permanecen anclados en viejas

fórmulas expositivas que plantean un discurso excesivamente cronológico. Frente a estos discursos todavía basados en viejos principios evolucionistas, muchos museos empiezan a centrar el relato en torno a los esquemas comparativos que confrontan las diversas culturas desde perspectivas que favorecen resaltar las similitudes o las divergencias (Romero de Tejada, 1995).

En este proceso, la nueva orientación social de la institución «museo» parece confluir con los principios de una nueva antropología que ha diversificado su campo de actuación, pero que, ante todo, ha sido capaz de comprender su capacidad de transformación sobre su propio objeto de estudio: la cultura entendida como un todo global. De esta manera, si la antropología fue durante gran parte de su desarrollo epistemológico la «ciencia del otro», hoy ha descubierto la necesidad de abordar etnológicamente el estudio de un «nosotros» como una realidad en constante cambio, donde las relaciones son multilineales y multidireccionales, y no obedecen a unos esquemas tan sumamente rígidos como suponían muchas teorías ya superadas.

Los museos antropológicos deben comprender su papel privilegiado a la hora de contribuir en la construcción de un nuevo modelo de museo social, integrador y transformador de su entorno más inmediato. Los modelos multiculturales deben ser superados, sustituidos por aquellas fórmulas que conviertan a los museos en centros donde se planifiquen las estrategias que favorezcan los procesos de interculturalidad en la sociedad globalizada actual.

Este enunciado se hace plenamente consecuente con los principios que los museos, en el siglo XXI, tienen que asumir

como las instituciones culturales y sociales que deben ser. La presentación del Plan Museos + Sociales, impulsado por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, sostiene que «Los museos han evolucionado. Nacidos para poner el conocimiento y la cultura al alcance de la sociedad, hoy pretenden, cada vez más, ser centros dinamizadores de esa sociedad, convirtiéndose en espacios abiertos al diálogo con los diversos movimientos sociales; actores de cambio social y de conciencia crítica; instituciones abiertas a la participación, valedoras del derecho ciudadano al acceso a la cultura y al patrimonio».

Bibliografía

- AGUIRRE BAZTÁN, Á. (ed.) (1992): *Historia de la antropología española*. Barcelona: Boixareu Universitaria.
- ARIAS ESTÉVEZ, M. R. (2016): «La actualidad de las colecciones de Arte Indio y Asia Oriental en los Museos Españoles», *Revista de Museología*, n.º 65, pp. 6-17.
- BARRAS DE ARAGÓN, F. de las (1930): «Documentos referentes al envío de cuadros representando mestizajes humanos y varios productos naturales del Perú, hallados en el Archivo de Indias de Sevilla», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, vol. IX, pp. 78-81.
- BOLAÑOS, M. (2008): *Historia de los museos en España*. Gijón: Trea.
- Breve noticia de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de Madrid* (1893). Madrid: Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.
- CARRETERO PÉREZ, A. (1994): «El Museo Nacional de Antropología: nos/otros», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, I, pp. 209-250.
- DORADO FERNÁNDEZ, E., *et al.* (2010): «La momia de la hija del Dr. Velasco. Disección de una leyenda», *Revista de la Escuela de Medicina Legal*, febrero, pp. 10-30.
- ESTENSSORO FUCHS, J. C., *et al.* (1999): *Los cuadros de mestizaje del Virrey Amat. La representación etnográfica en el Perú colonial*. Lima: Museo de Arte de Lima.
- Fascinados por Oriente* (2009). Madrid: Ministerio de Cultura.
- FERNÁNDEZ DEL CAMPO BARBADILLO, E. (1996): «El culto bengalí a Durga. El regreso de la Diosa Madre», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, III, pp. 11-30.
- FERRO PAYERO, M. J. (2016): «Arte indio en museos españoles. Espacios expositivos en progreso», *Revista de Museología*, n.º 65, pp. 43-53.
- HARRIS, M. (2003): *El desarrollo de la teoría antropológica*. Madrid: Siglo XXI.
- LARRAÍN, J. (1994): «La identidad latinoamericana. Teoría e historia», *Estudios Públicos*, 55, pp. 31-64.
- MARCOS POUS, A. (1993): «Origen y desarrollo del Museo Arqueológico Nacional», *De gabinete a museo: tres siglos de historia*. Coordinado por Alejandro Marcos Pous. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 21-99.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1946): «El Museo Etnológico», *Trabajos del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Etnología*, IV, pp. 9-19.
- PÉREZ DE BARRADAS, J.; ROBLES MENDO, C.; CARO BAROJA, J., y GONZÁLEZ GIMENO, M. M. (1947): *Guía del Museo Etnológico*. Madrid: CSIC, Instituto Bernardino de Sahagún.
- RODRIGO DEL BLANCO, J. (2006a): «Exposición temporal *Orígenes de la colección americana*», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XII, pp. 93-104.
- (2006b): «La renovación de la exposición permanente de las colecciones americanas del Museo Nacional de Antropología», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XII, pp. 121-130.
- (2007): «Colecciones americanas en el Museo Nacional de Antropología de Madrid», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 37, n.º 1, pp. 191-206.

- (2009): «América en el Museo Nacional de Antropología de Madrid», *Artigrama*, n.º 24, pp. 119-130.
- (2013): «Antropología americana y museos estatales españoles: pasado, presente y ¿futuro?», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 43, n.º 1, pp. 175-195.
- ROMERO DE TEJADA, P. (1988): «Evolución del uso del espacio en los museos: las tres etapas del Museo Nacional de Etnología de Madrid», *Actas del Congreso del ICOM*, s. n., pp. 73-89.
- (1992): *Un templo a la ciencia. Historia del Museo Nacional de Etnología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- (1995): «Exposiciones y museos etnográficos en la España del siglo XIX», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, II, pp. 11-44.
- (2000): «Antropología y museología: nuevas concepciones para los museos etnográficos», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, VII, pp. 167-190.
- (2003): «Los cuadros de mestizaje del virrey Amat», *Frutas y castas ilustradas*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 11-23.
- ROMERO DE TEJADA, P., y SANTOS MORO, F. DE (coords.) (1990): *Culturas de Oriente. La donación Santos Munsuri*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SÁEZ ANGULO, J. (1985): «La India y Extremo Oriente en el Museo de Etnología», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año XXI, pp. 326-328.
- SAGASTE, D. (2005): «Oriente en Madrid: las colecciones asiáticas del Museo Nacional de Artes Decorativas y del Museo Nacional de Antropología. Estado de la cuestión», *Artigrama*, n.º 20, pp. 473-485.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L. Á. (1992): «La antropología al servicio del Estado: el Instituto Bernardino de Sahagún del CSIC (1941-1970)», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 47, pp. 22-44.
- (2014): «El museo antropológico del doctor Velasco (anatomía de una obsesión)», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XVI, pp. 265-297.
- SANTOS MORO, F. DE (1985): *La India y Extremo Oriente*. Madrid: Museo Nacional de Etnología.
- (1993): «Exposición Asia en el Museo Nacional de Etnología», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año XXIX, pp. 334-335.
- (1996): «Asia en las colecciones de un museo», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, III, pp. 299-319.
- (2005): «Un nuevo discurso museológico y museográfico para la sala de África», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XI, pp. 251-276.
- (2006): *La vida en papel de arroz. Pintura china de exportación*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- (2010): *Religiones orientales. Museo Nacional de Antropología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SANTOS MORO, F. DE, y RUIZ JIMÉNEZ, I. (1987): «Retablo indio consagrado a la diosa Durga, del Museo Nacional de Etnología», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año XXIII, pp. 245-257.
- VERDE CASANOVA, A. M. (1996): «La sección de América del Museo Nacional de Antropología», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, III, pp. 335-354.